

Pero, en lo tocante á felicidad, repito que no me parece tan claro su aumento en proporción al confort, y al dinero que el confort cuesta, sin hablar de los quebraderos de cabeza y la incesante vigilancia é inquietud que supone.

Vivían los de antaño envueltos en humo, sí; pero el humo es un gran desinfectante. No tenían *water*, etcétera; pero tampoco conservaban depositados á domicilio los detritus orgánicos; y hoy precisamente se agita la discusión sobre la conveniencia ó inconveniencia de tal depósito. Quizás fuese su sistema el más saludable. De todas suertes, no imaginando que pudiese existir otro, no sufrían ni se creían inferiores.

Yo conozco y hablo á un sinnúmero de aldeanos, yo escucho sus quejas. Lo mismo ahora que hace treinta años, se lamentan de las malas cosechas, de la sequía, de la muerte del buey, de las gabelas, del reparto de consumos; en cuanto á las condiciones higiénicas de la vivienda, sospecho que les importan un pitoche. ¡Tienen el aire libre, el aire libre!, ¡la suprema medicina, la condición *sine qua non* de la salud, y el aire libre es más libre cuanto peor se construyen las casas! Y andan sanos, no conocen la neurastenia, y se les ve siempre dispuestos á bailar el domingo y á cavar el lunes, mientras los operarios de las ciudades llevan escrita en la cara la falta de ventilación de sus moradas, que les envenena la sangre y les prepara á la tuberculosis.

Claro es que el movimiento ascensional hacia el confort lo han iniciado las clases acomodadas. No se les ocurría á los cultivadores el fregadero de *porlán* y la ventana rasgada y el piso cuco, de madera. Es posible que les hayamos hecho un flaco servicio. La ciencia es cosa muy buena; de perlas es la higiene. Sólo que todo ello requiere dinero, tiempo, esfuerzo, lucha. He oído decir por ahí que la limpieza está al alcance de todos; que todo el mundo dispone de agua y jabón. Aserto en extremo discutible. No todo el mundo dispone de jabón ni de agua; y la limpieza, la verdadera limpieza, no sólo es cara, sino que constituye acaso el mayor de los refinamientos, el mayor de los lujos.

Entrad en cualquiera de esos establecimientos que llaman de «sanamiento» y ved cuánto requisito impone la limpieza. Instalar un baño á domicilio, un sencillo baño, sea por el procedimiento del termo, ó por el de la calefacción de gas, electricidad ó leña, representa un gasto de miles de pesetas, amén de una instalación de agua corriente. El que no tiene servicio de agua, y se provista en la fuente de vecindad, ya puede decir que pierde todos los días una hora, por lo menos, en la aguada; vierais, en mi pueblo, mujeres sentadas horas enteras sobre la herrada, esperando turno. Digase si esas infelices encuentran barata y fácil la más elemental limpieza.

El jabón, para una familia que necesita pan, también es un ramo que se inclinan los pobres á incluir entre lo menos necesario, si no entre lo superfluo. ¡A no ser que se emplease como lo empleaba el aragonés del cuento, que lo comía por queso; malo sí, pero queso de todos modos! Y considérese que la limpieza no puede, por mucho que se limite, circunscribirse al agua y al jabón. La limpieza exige cepillos, paños, escobas, plumeros, zorros; nótese que nombre los utensilios de menaje más prosaicos, y no me remonto á las máquinas limpiadoras por el aire, ni á otras zarandajas é inventos. La limpieza quiere lavado y planchado, ropa blanca abundante, desinfectantes, un continuo frotar y fregar. La limpieza reclama frecuentes blanqueos, azulejos en donde se necesite, bruñido de pisos, encerado de muebles... La limpieza, en resumen, es una preocupación de todos los días, y para que una vivienda y sus habitantes puedan decir que están limpios, acaso el presupuesto de limpieza deba superar al presupuesto de alimentación.

En otras épocas, además, la limpieza era la limpieza, y se acabó; estropajo, aljofifar, barrer; hoy se ha complicado con la higiene. No seré yo quien reniegue de la higiene, por la cual he hecho campañas en algunos rincones; basta recordar lo que avanzaban antes las epidemias, y la relación estricta que guarda su propagación y difusión con la suciedad de los países en que aparecen para comprender hasta qué punto la higiene merece altares. Con todo no cabe negar que complica el vivir, y crea un orden de intranquilidades y produce una clase de sufrimientos aprendizos que nuestros abuelos no conocían.

La higiene prohíbe cosas gratas; manda ejecutar otras desagradables; pone en guardia contra todo y contra todos, y llega al extremo inverosímil de condenar el beso, por dañino, no á la moral, sino á la salubridad pública. La higiene nos acecha en el café, para prevenirnos de que la cucharilla puede comunicar una infección; nos sobresalta en el teatro, alarmándonos con el aire viciado y los peligros de un escupido en el suelo; nos crispa ante las fraudulencias

en la alimentación, la leche con cal, el vino con fuchsina, los peces con nievelina; y hasta nos muestra asechanzas en la naturaleza, en los jamones triquinados, las verduras mal lavadas y que pueden contener hidátides, las vacas tísicas, los quesos que fermentan, y tantos y tantos accidentes como pueden afectar á la salud y á la vida humana. La higiene hace desabrida la copa, sospechoso el goce. Y al cabo, se muere lo mismo...

He ahí por qué será un problema eterno, insoluble, el de la mayor suma de felicidad humana. El salvaje en su casupa de palmera ó de bambú, ¿es más digno de compasión que el civilizado actual?

Nótese que los adelantos, perfeccionamientos y enseñanzas de la ciencia tienen el inconveniente gravísimo de que, una vez conocidos, gustados, ya no se puede prescindir de ellos. Cuando solo rodaba la diligencia ó la galera acelerada, no se echaba de menos el tren. Hoy ya no se viaja sino en *sleeping-car*. Y sin embargo, en las épocas de galera, tartana y litera, había, como al presente, refinados, y la gente viajaba y se realizaban expediciones tal vez más entretenidas é instructivas. Mientras no se conoció el automóvil, nos iba tan ricamente con el coche. En mi juventud, se usaba como medio de locomoción aristocrático el borriquito, con jamugas de terciopelo; hoy gasta automóvil gente que vive en un tercer piso, y el relojero, llamado á prestar los servicios de su arte á una casa de campo, alquila un coche para trasladarse á ella. Día llegará en que exija aeroplano. Y no por eso me persuado de nuestra actual superioridad, ni de que la suma de venturas haya crecido.

La gente modesta, entonces, no soñaba en arrellanarse en un coche para andar unos kilómetros: había jumentos y había piernas. Pero la carne estaba á real la libra; las ostras á real el ciento; la sardina, á peseta el millar; los huevos á dos reales docena; la merluza, á precios inverosímiles por lo reducidos. Se comía mejor, y como no se representaban obras del género porcuno, no andaban tan emberrenchados los muchachos y traían honradamente á su casa el jornal. Las mujeres acaso estuviesen entonces más seguras de que se les criasen fuertes y robustos los hijos. Se ahorraba. Se vegetaba. No se ansiaba lo imposible. El afán de goces sensuales era menor. Algo valía esto.

He notado un fenómeno curioso. El servicio doméstico, y hasta los operarios, en el campo, se quejan de que se aburren. Yo no necesito decir que el campo me parece lo más entretenido del mundo; ¡se respira tan bien en el campo! Pero esta delicia de la respiración amplia, del aire puro, saturado de olores vegetales y de las emanaciones de la tierra fecunda, exige un nivel superior de cultura en quien ha de saborearla. Los aldeanos no la notan; están habituados á ella. Y los servidores, y los obreros, echan de menos el cine, el café, el teatrillo, sabe Dios qué otros antros, donde consumen el fruto de su labor y la salud que han menester para el trabajo. Y se aburren, ni más ni menos que si el aburrimiento no fuese, según la leyenda, patrimonio de ricos. Se aburren como han reducido su jornada de labor á ocho ó nueve horas, aun descontando las del sueño y la comida, les quedan unas cuantas en que materialmente no saben qué hacerse.

La civilización les ha creado necesidades de placer barato, fácil, que las ciudades brindan á su corrupción. En el campo no hay de eso. Apenas, de vez en cuando, una romería, un agarrado en la carretera ó á la sombra de los árboles. Y vierais con qué afán corren á tales fiestas. Se aburren. Todo puede conjurar un instante su tedio.

Y el enigma no se resuelve. ¿Era preferible lo de antes? ¿Será preferible lo de ahora?

El lujo se presenta amenazador, aquí mismo, porque es el lujo deleznable y pasajero; el verdaderamente ruinoso. La aldeana, antes, se hacía el riquísimo traje regional, de paño y terciopelo, se compraba la patena de oro filigranada, y tenía para toda su vida y aun lo heredaban los hijos. ¡Ahora, las novias, en plena aldea, se casan con traje de seda negra brochada y ramo de azahar! ¡Ayer, pisaban el tojo; mañana, tendrán que llevarle al buey su ración de hierba, y su encaldada al cochino; y el día nupcial, disfrázanse de damas, con una vestimenta que de nada les sirve, y que les ha costado, relativamente á su posición, un sentido, pero que en cambio las pone en caricatura!

El día en que se pueda decir que los beneficios de la civilización han llegado hasta las últimas capas sociales, en muchos terrenos se irá adelante; pero en otros, se volverá á lo añejo, y las que cultivan la tierra conservarán ó restaurarán la vestimenta que las poetizaba y no estaba á merced de un antojo de la moda.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no sé si realmente en las grandes poblaciones hay una crisis de falta de trabajo; yo no sé si mucha gente no encuentra en qué emplear su actividad y sus brazos; debe de ser cierto; me inclino á creer que estas cosas no se inventan. Sólo digo que, en las pequeñas localidades, por ejemplo en esta aldea donde radican las Torres de Meirás, ocurre el fenómeno enteramente contrario, y si hubiese cien obreros de cada oficio, cien hallarían en que ocuparse.

¿La explicación? Que se construye mucho; que se construye con más lujo cada día; y que si antes la vivienda de un labrador era una choza sin chimenea para los humos y con suelo de tierra, hoy es la casita coquetona, blanqueada, de pintadas puertas y fregadero de «porlán», con huecos regulares, antessalas y dos pisos. Es que el progreso se ha impuesto, y con el progreso, sus exigencias.

Merced á tal prodigalidad y suntuosidad (todo es relativo) en construir, andan los operarios solicitadísimo. Contribuye á ello el que, en las poblaciones, las sociedades obreras han acordado que si un operario sale á trabajar al campo, gane jornal y medio y la manutención. Naturalmente, todo el que tiene que dar trabajo, prefiere al obrero local, rural, que se limita á su salario, más ó menos pingüe, pues hoy, aun en el campo, los jornales han crecido, y disminuído considerablemente las horas de jornada. Es probable que por esta diferencia de exigencias entre los urbanos y los campesinos, los primeros sufran, en verano, los tristes efectos de la «cebolla.» Y los que en el campo han menester operarios, se ven obligados á echarles memoriales en papel de á peseta, y á agotar los recursos de la elocuencia para conseguir que le embadurnen de cal una pared ó le claven unas tablas de pino en un alzado.

Este incremento de construcción, esta entrada del confort en la vida aldeana, ¿revela bienestar? Y, llevando las cuestiones al terreno filosófico, ¿es un mal, ó es un bien?

No me parece tan fácil la respuesta. El aldeano antiguo vivía, es innegable, envuelto en humo, porque su chimenea no desahogaba, ó mejor dicho, no existía; y careciendo en su choza hasta de lo que más indispensable nos parece, salía al patatal ó al corral, y acrecentaba el estiércol que luego había de abonar sus heredades. Iguales todos, nadie sentía la privación. Ni eran únicamente los humildes labriegos quienes vivían en tal forma. En una hermosa casa y torre almenada de mi familia, allá en la provincia de Pontevedra, torre que por señas fundó el inquisidor Sarmiento de Valladares, el que figura en el célebre Auto de fe del Museo de Madrid, no existía ni señal de lo que hoy, con pulcra frase británica, se nombra *water-closet*. Es indudable que va mucho de tiempos á tiempos, porque actualmente el orgullo de la cultura europea está cifrado en tal accesorio, aunque en el Museo del Louvre, en París, los que he visto sean más indecorosos que pueden ser los de una posada de Albarracín ó Buitrago.

Dice
bros, M
que es i
trar uno
como e
paleo q
lo dema
el de ce
de esto
mucha
me la p
tural...
Por lo
cilitarse
tranquil
que rep
un anal
terrible.
¡Tanta
asociaci
cultad,
Pedidle
corvad
docume
para la
tantas
quisitos
surgen
Madrid

No si
dar ace
oficinas
jidades
su dere
Luis T
odisea
cina p
¿Quié
Haci
traño n
debe d
una au
funcion
supiero
dactar
al revé
y desh
vocado